

Senador por senador, diputado por diputado

Alfredo Acle Tomasini

Al margen de la opinión personal que nos puede merecer Hugo Sánchez, como persona, futbolista y entrenador nacional, los comentarios que hizo cuando se afanaba en ocupar esta posición no dejan de sorprendernos, por su narcisismo y desapego de la realidad: "Si quieren que México sea campeón del mundo llámenme, ya saben mi teléfono". Así, los mexicanos supimos que la distancia que separa a nuestra mediocridad futbolera de ganar la Copa del Mundo desaparecería con sólo marcar ocho dígitos.

López Obrador, quien aguardaba callado en la parada de autobuses, decidió finalmente abordar el que se dirige a la reforma energética. Éste es su nuevo vehículo con el cual busca volver a las plazas y estar en los medios. Y ésta es una nueva ocasión para que, como en el caso de Hugo Sánchez, volvamos a contemplar su narcisismo, sus contradicciones, su desmemoria, la pérdida del sentido de la realidad y su deslealtad con el partido que lo acogió cuando renunció al PRI y que le sirvió para competir por la presidencia.

La mala distribución del ingreso y la riqueza es un rasgo de nuestra realidad nacional que López Obrador ha calificado de uno de los problemas más graves del país que, por ende, reclama una atención prioritaria, pese a los obvios intereses en contra.

Por razones morales, políticas y económicas, muchos coincidimos con esta opinión. Es evidente que de nada sirven las cifras macroeconómicas, ni los éxitos individuales, si los más quedan rezagados a lo largo del camino; es evidente que en la medida en que muy pocos acumulen mucho, éstos tienen un poder fáctico para influir en el rumbo de la nación, aspecto que cuestiona nuestra soberanía, si por ésta entendemos que sea la voluntad de la mayoría la que defina nuestro destino; es evidente, porque aun pensando desde el más descarnado liberalismo económico, nuestra competitividad será una quimera mientras existan amplios grupos de la población que no tienen acceso a medios de progreso.

Pero la legitimidad de estos argumentos se trastoca cuando se usan como una bóveda de iglesia, debajo de la cual se construyen altares populistas donde el dogma prima sobre la razón y donde se erigen púlpitos para lanzar enardecidas arengas que convierten el debate político en una cuestión maniquea; los buenos son aquellos que piensan como nosotros y los malos serán quienes discrepen, por lo que sus argumentos siempre tendrán algo de soterrado y perverso. Así, en estas iglesias imaginarias, los predicadores pierden el sentido de la realidad y la dimensión del tiempo. Ellos no tienen pasado, sólo presente.

Cuando López Obrador critica la posibilidad de asociar al capital público con el privado para explotar los hidrocarburos, recordándonos con vehemencia que el petróleo es de todos los mexicanos, nos vienen a la memoria los puentes de Los Poetas. No porque, dada su inoperancia, sean un monumento a la mediocridad y al absurdo, sino porque se financiaron mediante una permuta de terrenos públicos a cambio del diseño y construcción de la obra.

Dado que nuestras leyes no distinguen entre bienes nacionales de primera y de segunda, resulta difícil entender por qué en un caso se está a favor de asociar los intereses públicos con los privados, y en otro se esté en contra. Más aún cuando los diferentes gobiernos de la ciudad de México han venido concesionando bienes públicos para que los exploten empresas privadas de espectáculos y de servicios comerciales.

Muchos capitalinos quisiéramos que, con el mismo entusiasmo que se presentaron alegatos y documentos para atacar al enemigo político, se nos dieran los detalles de esa transacción, cuyo valor se estimó en 700 millones de pesos.

Ciertamente, López Obrador pone el énfasis en ciertos aspectos de la agenda nacional. Pero la forma como irrumpe en el escenario echa para atrás el proceso de maduración de nuestra incipiente democracia. ¡Que viva el caudillo, que mueran las instituciones! Al Congreso - crisol de la diversidad política del país e institución que los mexicanos nos hemos dado para dirimir nuestras diferencias y fortalecernos en lo que nos asemeja- lo amenaza con el cerco, con la presión populachera. En tanto, habla de los senadores y diputados del PRD como si fueran sus subordinados, y como si la grave crisis de su partido no existiera y él, ajeno a ella, viviera en estado de gracia.

Quizá no ha entendido que nuestro marco institucional se ha creado y se transforma contando voto por voto, senador por senador, diputado por diputado.